

mundo gráfico



Madrid entra en el sexto mes de su resistencia

La capital de España entra ya en el sexto mes de su resistencia templar. Y como en aquellos días primeros de Noviembre, Madrid mantiene en alto, cada hora con más firme voluntad, su penacho de ciudad heroica. En las trincheras, en los parapetos, en los refugios naturales, los hombres que defienden Madrid velan sonrientemente, confiadamente, por la capital de España

(Fot. Videca)

Miércoles, 7 de Abril de 1937

AÑO XXVII
Número 1327
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID





PRISIONEROS

HURANOS, abatidos, aún con el gesto estupefacto de la derrota en los rostros cetrinos, hemos visto un grupo de prisioneros de guerra. Mozos casi adolescentes y hombres en plena madurez. Los igualaba el uniforme pardo y la misma triste luz de angustia en la mirada. Y en los más animosos, una sonrisa un poco forzada, que parecía ofrecerse y pedir una esperanza.

Posaron ante las cámaras fotográficas. Con melancólica naturalidad, sin esa tendencia a erguirse, engallándose, instintiva en quien se siente contemplado. La curiosidad no les hería. La sombra dramática de un presentimiento parecía anublarles los gestos. Extranjeros y prisioneros, recurrían muchos al lenguaje universal de los ademanes: mostraban sus manos duras, callosas, como una ejecutoria propicia a la simpatía. Eran trabajadores. Un campesino de Sicilia se mostraba locuaz. ¿Por qué había venido a España? No lo sabía. Allí, en su tierra, la vida era dura. Llevaba muchos meses sin trabajo. Se enroló tras la promesa de un jornal. Tenía mujer y dos hijos. Y como éste, declaraban otros muchos. Obreros ciudadanos, labradores en paro forzoso. La necesidad les apretaba su dogal. Se dieron, se vendieron sin saber para qué. El hambre les convirtió en soldados. Creían ir a colonizar Abisinia, y los trajeron a España. A combatir contra trabajadores alzados en armas por la independencia de su tierra.

Historia de triste renunciamento, de pecado sin culpa, que se repetía una y otra vez en labios de los prisioneros. Rebaño bélico traído al matadero, sin ideal, sin causa, sin entusiasmo. Malos soldados, por tanto. Cuando vieron sobre sí el huracán de la metralla del combate, huyeron enloquecidos o se entregaron inermes. Les habían cambiado el pan por las balas. No era lo esperado.

Combatir sin el estímulo de la pasión, sin el ímpetu de un ideal, es la más triste y estéril cosa del mundo.

La República funda en eso su magnífica generosidad con los prisioneros extranjeros. Generosidad que ellos no esperaban y que les pone lágrimas en los ojos y temblores de emoción en la voz. Se respetan las vidas de los vencidos. Se les da calor y trato humanos. No esperaban esto. El único estímulo que se les daba para la lucha era el del terror. Creían que caer en manos de las tropas del Gobierno de España era la realización de una serie de tormentos y vejaciones. Pero el instinto, más poderoso que todas las propagandas, les impulsó a entregarse. ¿Confiaban secretamente, por un mandato de lo subconsciente, en que estaban engañados? Seguramente, sí. De lo contrario, hubieran preferido morir. Y se entregaron porque en sus almas anidó la duda. La prueba es que, como justificación, enseñan los prisioneros sus manos callosas, endurecidas por el trabajo. Manos de hermanos para hermanos.

Ahora bien: la tristeza, la enorme y humana tristeza de estos espectáculos, radica en el pensar que estos hombres, todos, los maduros y los jóvenes, pueden así, de modo tan inerte, ser víctimas de consignas cuya razón ignoran, de imperativos que para ellos tienen raíces ignotas. Hombres que salen de su patria hacia extraños climas, a los que se da un fusil, un cañón y se les manda pelear, cobrar vidas y arriesgar la propia, sin el espejo de ninguna razón, sin el estímulo de ninguna causa que justifique ante sus conciencias la ley fatal de la lucha. Rebaños inconscientes para la guerra; víctimas de impulsos desconocidos, de mandatos para ellos sin justificación.

Es el signo cruento, inhumano, de todos los despotis-

mos: anular al hombre, convertirlo en instrumento ciego, hacer de la personalidad humana un número, una partícula gregaria, barro doliente y sumiso. A estos hombres prisioneros, venidos a combatir de tierras lejanas, por una idea que no sienten, por una ambición que no comparten, por unas teorías que ignoran, el alma y el pulso les tiemblan a la hora del combate.

No podía ser menos. Prisioneros de guerra, lo eran antes de un poder más obscuro y siniestro: prisioneros de sí mismos por su ignorancia, por su condición servil, por su sometimiento ciego al despotismo. Tristes prisioneros vencidos sin gloria, a los que no podía esperar jamás una victoria, porque ya traían perdida la más noble lucha del hombre: la que entabla con su corazón y le impulsa a elegir camino de acuerdo con sus sentimientos, con sus afinidades. Es ahora, cuando se ven inermes, cuando estos hombres se acuerdan de su condición, cuando sienten el estímulo de la solidaridad. Por eso enseñan sus manos callosas de trabajadores buscando otras manos hermanas igualmente endurecidas por la tarea. Muestra dolorosa de irredentismo, de triste sumisión. Esas manos que el despotismo tuvo ociosas para obligarles a empuñar el fusil, son las muestras más tristes del despotismo. Hombres convertidos en esclavos, forzados a combatir sin fe, a matar sin causa, a peregrinar sin ideal. Ello sólo bastaría a hacer odioso todo régimen político que así torna a los hombres en masas ciegas, y para justificar todas las rebeldías que impulsan a los hombres que se sienten humanos a luchar por su libertad, por su independencia espiritual.

ALVARO REAL

FOT. DÍAZ CASARIEGO

CAPORETTO



Matania, el gran dibujante inglés de la guerra mundial, trazó en este dibujo, admirable como todos los suyos, un momento del desastre italiano de Caporetto: Los soldados arrojan un cañón a un precipicio para evitar que caiga en poder de las fuerzas austroalemanas que avanzan impetuosamente

QUEDA estos días por la Prensa el nombre de Caporetto con ocasión de las recientes batallas en el frente de Gualajara. ¿Qué fué Caporetto? ¿Qué significó este nombre para las fuerzas italianas en los días de la Gran Guerra? ¿Cómo se desarrolló aquella gran batalla, que ha quedado en la historia de las luchas guerreras como uno de los mayores desastres registrados? Vamos a dar una respuesta a estas preguntas, recordando, con la concisión que exige la limitación periodística, aquella derrota de hace veinte años.

Vísperas de avance

Se habían cumplido ya los tres años de guerra en Europa. Italia había entrado en la lucha junto a Francia e Inglaterra. Luchaba el ejército italiano en la frontera de su país con Austria. En el verano de 1917, las fuerzas italianas desarrollaron una ofensiva que quebrantó grandemente a las tropas enemigas, poniéndolas en trance de una resistencia que cada vez se hacía más difícil.

La situación del Imperio austrohúngaro era grave. El avance de las fuerzas italianas podía significar el derrumbamiento del Imperio y la pérdida de la guerra. Se imponía, por tanto, por parte de los ejércitos austroalemanes una enérgica acción contra Italia. Ante esta necesidad, preparó el general Ludendorff sus planes de ataque, tras un estudio minucioso del terreno y de la situación de las fuerzas contrarias.

El ataque se preparó a mediados de Septiembre. Grandes cantidades de material fueron acumuladas en los puntos de partida de las columnas que habían de realizar el avance dispuesto por el mando de los Imperios Centrales. Llegaban sin cesar hombres y hombres. Había en todo y en todos esa febril actividad de las vísperas de las jornadas excepcionales.

Entre los mandos italianos, el general Cadorna era en aquellos días partidario de permanecer a la defensiva sobre las posiciones conquistadas últimamente. En cambio, el general Capello, jefe del segundo ejército, era partidario de reanudar la ofensiva, que había quedado interrumpida en Septiembre.

El ataque por la parte más débil

El ataque austroalemán empezó con un bombardeo intensísimo a las dos de la madrugada del 14 de Octubre. Se atacó principalmente el sector más débil de las líneas italianas, Tolmino, donde había posiciones totalmente dominadas por las fuerzas alemanas y en mala comunicación con el resto de la línea.

Dirigía el ataque el general alemán Otto von Below, que empleó para ello nueve divisiones austríacas y siete alemanas. Según la situación geográfica de estas fuerzas, había un núcleo septentrional de ellas, mandado por el general Krauss; dos centrales, dirigidos por Stein y Berrer; otro meridional, por Scorti. Se contaba, además, con cuatro divisiones de reserva.

El ataque fué impetuoso. Un verdadero torrente

de fuego caía sobre las líneas italianas, deshaciéndolas, pulverizándolas. Toda resistencia era inútil. Las fuerzas que mandaba el general von Lesquis se aproximaban a Caporetto, al noroeste de Tolmino. En las brechas abiertas por estas columnas de von Lesquis, el general Stein internaba fuerzas por las noches, haciendo así continuo el avance. Los campos iban quedando cubiertos de cadáveres abandonados en la precipitada huida.

Retirada y desastre

La enorme brecha abierta por los soldados de Lesquis y Stein entre Tolmino y Caporetto hacía difícilísimo sostener las posiciones italianas de esta zona. Pero aun se contaba con poder contener el avance, y sólo en la mañana del día 25 de Octubre, ante la tremenda imposición de la realidad, se proyectó la retirada general. La situación era muy comprometida. Posiciones de gran valor estratégico estaban envueltas por el enemigo, incapaces ya para toda resistencia. Unidades enteras huían a la desbandada. Las noticias que se recibían de todos los sectores acusaban la misma gravedad. Las tropas de re-

serva pedidas como refuerzo se encontraban, al dirigirse hacia las zonas de combate, con la huida enloquecida de los que abandonaban el campo de batalla. Todo era confusión, desconcierto y sangre.

El general Capello, que mandaba el segundo ejército italiano, estaba enfermo y hubo de dejar el mando de sus tropas. Antes de esto había propuesto la retirada de las fuerzas al Tagliamento. Su consejo no fué seguido inmediatamente, y sólo después, por mandato de la situación, más grave a cada momento, se inició la retirada, el día 26, hacia el Tagliamento. Al día siguiente se ordenó que continuase la retirada de las fuerzas hasta el Piave. En ese retroceso, la tierra de la región veneciana iba quedando empapada por la sangre. A millares se contaban los muertos.

El nuevo general

Salvó a Italia en esa hora de angustiosa incertidumbre el que las fuerzas austroalemanas careciesen de grandes medios de transporte y el que no pudiesen emplear muchas tropas en aquel lado. Los días finales de Octubre fueron de intenso dramatismo para los que se retiraban. Racimos de cadáveres quedaban sobre los campos de otoño. Unidades enteras eran copadas. Algunas tropas de refresco consiguieron detener en algún punto el avance austroalemán; pero éste, en general, seguía impetuoso, deshaciendo resistencias y añadiendo nuevas proporciones al desastre.

En esta situación, verdaderamente grave, se encargó del mando de las fuerzas el general Díaz, el 9 de Noviembre. Trabajó febrilmente para que la derrota no crease a Italia una situación de mayor gravedad aún. De las zonas de retaguardia llegaban constantemente nuevos refuerzos. A consecuencia de la retirada de los frentes anteriores, la línea se había reducido considerablemente, y esto permitía defenderla mejor.

Balance de Caporetto

Trágico balance para Italia el de esta batalla de Caporetto:

320.000 muertos, heridos y desaparecidos.

265.000 prisioneros.

3.000 cañones perdidos.

1.700 morteros de trinchera abandonados en la huida.

Todo el segundo ejército podía considerarse como deshecho, como inutilizado.

Y las tropas que había que reorganizar y pertrechar de nuevo ascendían a 300.000 hombres.

El invierno

A pesar del terrible desastre, y merced a una segunda línea defensiva prevista y preparada por el general Cadorna, los italianos pudieron aún resistir, con el refuerzo de los soldados de Francia e Inglaterra. Hubo, todavía, ataques y contraataques. Todo ello fué perdiendo violencia con la llegada del invierno. Diciembre—hielo e inclemencia—amortiguó la lucha y cubrió con mortajas de nieves la sangre de Caporetto.

LOS QUE SIRVEN A LA CAUSA DEL PUEBLO



↑ Gómez Ejido, presidente de la Agrupación Socialista Madrileña, con algunos de los camaradas que forman el Comité

← En la Sección de Propaganda de la Agrupación se trabaja incansablemente en la confección de carteles, tarjetas, manifestos... (Fots. Piortiz)

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA AGRUPACION SOCIALISTA MADRILEÑA



Fondo de España

186...

Acaba de llegar a Madrid el hijo político de Carlos Marx. Se llama Pablo Lafargue, y viene huyendo de la persecución desencadenada en Francia contra los comunistas. Madrid es, por estas fechas, un buen lugar de estancia para los viajeros políticos. Poco antes que Lafargue, había pasado por aquí—ojos claros, dicción clara, argumentación clara—José Fanelli, discípulo de Bakunin, para constituir el grupo internacionalista. Madrid era por entonces un poblachón manchego, lleno de polvo, de sol y de moscas, que empezaba a sacudirse la modorra. En el ambiente quieto—hongos, organillos y mantones «de la China-na», los trabajadores madrileños—manos curtidas, pañuelo al cuello y un deseo, siempre insatisfecho, de saber—han dejado ya de bailar a izquierdas en las tardes de sol para pensar en agruparse. «La unión constituye la fuerza.» «Uno para todos y todos para uno.» Cuando en los barrios excéntricos de Madrid suena el organillo, hay muchos adolescentes que se niegan a mover la manivela con el codo. ¿Por qué?

Un hombre de profundos estudios—Jaime Vera—, sobre la misma mesa de disección en que repasa la Anatomía, estudia el *Manifiesto comunista*. Disección por disección, no sabe el joven estudiante cuál de las dos es más profunda. Entretanto...

En un barrio apartado de Madrid hay siempre, en la alta noche, una ventana iluminada. Es como un ojo impar, clavado siempre en las sombras fronterizas, barriandolas, como si quisiera abrirse paso para una flecha cargada de infinito. La ventana corresponde a un cuartito pequeño, de poco más de cuatro metros cuadrados. El cuartito está abarrotado de papeles, que se desbordan por el suelo, sobre la silla de enea, en la mesa modesta. Entre los papeles de la mesa parpadea el ojo de un quinqué. Frente a él, un hombre menudito—manos frágiles, ojos claros y barba acostumbrada a la caricia de las manos pálidas—escribe sin levantar la cabeza, hasta que el alba empieza a levantar cortinas de sombra frente a su ventana. ¿Sabéis quién es este hombre? Un trabajador. Durante el día trabaja como tipógrafo. Por la noche escribe cartas, artículos, manifestos, sin sentir cansancio.

Su hermano, pocos años antes, se había ido para siempre, por culpa de la tuberculosis. El escupía sangre con frecuencia. Pero...

El hombre menudito y enfermizo que trabaja horas y horas junto al quinqué casero se llama Pablo Iglesias.

1837

Desde mil ochocientos sesenta y tantos hasta ahora, ¡cuántas fechas inolvidables en la historia del Socialismo español! ¿Fundación de *El Socialista*? ¿1917? ¿1936? A lo largo de todo este tiempo, un hilo limpio, cuajado de vibraciones, atormentado de atención por los problemas proletarios. ¿Y ahora? Ahora, si volviera a cuajar en carne mortal la carne que se fué para siempre, encontraría el mismo espíritu que fué derramando, a lo largo de muchos años de lucha, en la vida de la Agrupación Socialista Madrileña. Que ahora...

Propaganda, administración y guerra

La Agrupación Socialista Madrileña está trabajando, desde el 18 de Julio de 1936, con la intensidad que los momentos reclaman y el fervor que siempre puso en la defensa de los intereses del proletariado. Está formada por un presidente—Gómez Egido—, un secretario—José Alonso Sánchez—y una representación por cada uno de los Círculos Socialistas de Madrid.

Al responsable de una de las secciones, a Antonio Cabezas, secretario de la Comisión de Guerra y Vigilancia, le hemos preguntado:

—¿Qué aspectos abarca vuestra actuación?

Y nos ha contestado:

—Muchos. Unos, que se pueden decir. Y otros, que no sería discreto enumerar, porque deben permanecer en secreto, para su mayor eficacia. Apunta.

Apuntamos.

—Administración de fincas incautadas. Como consecuencia de esta labor, hemos entregado al Estado unas 500.000 pesetas. Sección de propaganda: Hacemos carteles, tarjetas, manifestos, y nos valemos de cuantos medios están a nuestro alcance para servir nuestros designios de difusión y propaganda en los asuntos de guerra. Tenemos aquí las oficinas generales de la organización

política. Organizamos tres conferencias semanales, desde el micrófono de Unión Radio, a cargo de las personalidades más destacadas de nuestro Partido, y una charla diaria en el Cine Carretas. Tenemos, además, una Sección de Intendencia, encargada de cumplimentar las necesidades del personal que trabaja en la Agrupación. También controlamos la Sección motorizada de chóferes y el Servicio de Transportes que nosotros organizamos.

El camarada Antonio Cabezas hace una pausa y nos presenta a los responsables de las secciones más importantes, para que ellos amplíen sus palabras en cada una de las materias sometidas a su dirección.

Antes de esto nos dicta estas palabras:

—El Partido Socialista y todas sus Agrupaciones, sin excepción, desde el primer momento que surgió la sublevación fascista, hoy convertida en invasión extranjera, se preocupó, sola y exclusivamente, de prestar su colaboración moral y material al servicio de la causa antifascista. Sin más preocupación, sin más anhelo que acabar cuanto antes con la semilla de los Queipo, de los Franco, de los Mola y de los Hitler y Mussolinis que han surgido y puedan surgir en contra de la libertad y de la independencia de España. Para ello contamos con un servicio de guerra y vigilancia, montado por la Agrupación Socialista Madrileña. Pero de esto, quienes mejor te pueden hablar son los compañeros Tordesillas y Luis Muñoz.

Ejército Popular

El compañero Tordesillas dice, contestando a nuestra pregunta «¿Cómo ha de ser el Ejército Popular?»:

—Concienzudamente político. El Ejército del pueblo es el brazo armado del Estado, base fundamental pública, interior y exteriormente, y fiel paladín de la causa nacional. Se nutre del mismo pueblo, siente las mismas pulsaciones, por ser popular, y nada ni nadie podrá privar al Ejército de ser sensible a la causa que está llamada a defender en paz y en guerra.

—Se habla de un Ejército apolítico...

—¿Fue alguna vez el Ejército apolítico? Si partimos de la base de que nunca fué popular, aceptémoslo. Pero bien entendido que, habiendo estado dividido en

castas, ocurría que los jefes, casi en su totalidad, lo eran de hecho y de derecho, pues tenían prerrogativas políticas que le autorizaban a votar en los comicios electorales, y, como bien nos consta, vinieron haciéndolo en pro de las clases privilegiadas, siendo políticos retrógrados. Los que aun irrumpen con el apolitismo del Ejército deben volver la vista hacia aquello que ya no podrá verse jamás entre nuestros soldados. Podrá molestar este criterio a los nuevos «demócratas»; pero es la realidad tal como nos la hace observar la contemplación de los hechos.

El camarada Luis Muñoz, que estuvo recientemente en Rusia, dice:

—A mi juicio, las características del Ejército que se está creando deben ser las mismas que las del Ejército Rojo. Este no es un Ejército de una clase, ni aun siquiera el Ejército de una nación. Es el Ejército de todos los trabajadores. Sólo ejércitos como éste son los que pueden cumplir el fin para que están creados, porque para que los ejércitos sean eficaces tienen que tener una fuerza extraordinaria en la retaguardia. Y estos ejércitos son los únicos que pueden resultar eficaces, porque son el pueblo mismo. Hay que desechar la idea de que el Ejército sea exclusivamente político. El Ejército tiene que estar al servicio de una política. Y esta política tiene que ser en España la marxista.

Final

Por las amplias escaleras del palacio incautado por la Agrupación Socialista Madrileña suben y bajan grupos de afiliados. En el descansillo, presidiendo las fisonomías proletarias, la barba blanca del «Abuelo» es punto de unión de todas las miradas. ¡«El Abuelo»! En el año de 186... y pico, el que luego habría de ser «el Abuelo» era un obrero que había renegado del chotis a izquierda para mantener iluminado el ojo abierto de su cuarto de trabajo. Igual que esta Agrupación Socialista Madrileña, ventana abierta a un futuro que estamos ya cogiendo con la mano.

ANTONIO OTERO SECO

Los que ven la guerra a diario

La lucha, vista por los que luchan

Ejército de ayer y de hoy

En el número anterior recogimos la opinión de los que ven la guerra a diario sin la cualidad de combatientes regulares. Su experiencia de testigos diarios de los combates ha quedado allí, con su opinión, sobre la eficacia del nuevo Ejército español, que tan brillantes pruebas de fortaleza acaba de dar en Guadalajara. Veamos ahora la opinión de los técnicos, de los que ven la guerra a diario, no como espectadores, sino como actores.

desastre de Annual, y antes también, se formaban oficiales de cursos abreviados, los cuales, para ser oficiales, lo único que necesitaban era (salvo contadísimas excepciones) un apellido ilustre. Los exámenes eran lo de menos. Así, salían destacados a batallones y regimientos, donde esta clase de oficiales no daban el debido rendimiento, a causa no sólo de su falta de preparación, sino al concepto de que la carrera militar era sola y exclusivamente para lucir el tipo.

Los nuevos oficiales de hoy, los nuevos camaradas de sus camaradas, hemos necesitado, no un curso abre-

viado, sino un curso velocísimo, sólo de unos días en la mayor parte de los casos, para convertirnos en hombres que se encarguen de mandar no sólo secciones o compañías, sino batallones incluso. Y si alguna vez nos falta la táctica, la técnica, la suplimos con la improvisación y con el valor y la disciplina. Por eso, aunque no queramos, ya que somos antimilitaristas, somos más militares que los militares sublevados, y nosotros seremos los forjadores de la victoria del pueblo, sin necesidad de haber pasado por Academias preparatorias, como los que han demostrado su incapacidad, ayer, en Caporetto, y hoy, en Guadalajara.

Esa tradición de heroísmo...

Un teniente: Enrique Alonso. Tiene el brazo en cabestrillo y el rostro surcado por la marca reiterada de unos profundos desgarrones. Aprueba las palabras de su capitán, y añade:

—La mayor emoción de mi vida militar la experimenté hace unos días, en Guadalajara, al ver cómo el ejército invasor era rechazado y deshecho por nuestros soldados populares. Esto le dará a Mussolini la prueba de que a un pueblo como España, de tan magnífica tradición de heroísmo en luchas por su independencia, no se le puede invadir sin el riesgo de que en esa invasión pierda sus mejores contingentes.

Ejército, razón y justicia

Un sargento: Manuel Rodríguez Muñoz. Palabra reposada y firme. Asegura:

—Tenemos ya un Ejército magnífico. Y es asombroso cómo se ha podido lograr en tan poco tiempo una tan gran eficacia. Triunfaremos los antifascistas porque tenemos, aparte de ese Ejército Popular, la razón y la justicia de nuestra parte.

Pruebas cantan

Una enfermera: María Remedios Palleiro.

—Yo no entiendo de técnicas guerreras. Pero las derrotas de los italianos en la Alcarria son la mejor prueba de la eficacia de nuestro Ejército.

ANTONIO DE LA SERENA



—Yo no entiendo de técnicas guerreras—dice María Remedios Palleiro



—Nosotros tenemos ya un Ejército magnífico—dice el sargento Rodríguez



—La mayor emoción de mi vida la experimenté hace unos días en Guadalajara—afirma el teniente Enrique Alonso

Cursos abreviados y velocísimos

Un capitán, curtido a lo largo de estos ocho meses de lucha: Luis Pérez. Sin vacilaciones, y casi sin pausas, contesta así:

—El Ejército de Julio fué una improvisación de los Sindicatos y organizaciones de izquierda. En aquellos primeros choques, acaso se perderían, por culpa de aquella improvisación, si no los mejores hombres, aquellos que tenían la confianza de las masas sindicales, por dar ejemplo y por sentir más de cerca las causas y motivos de la sublevación y el porvenir que se les deparaba a los españoles en el caso de que hubieran triunfado los rebeldes. Pasados los primeros momentos de triunfo en Madrid y en otras ciudades donde contábamos con toda clase de apoyo moral en sus habitantes, tuvieron que salir y actuar fuera del marco de ciudades como Madrid, y al tomar estas fuerzas improvisadas una acción ofensiva en contra de plazas y ciudades rebeldes, acaso nos faltó, si no la disciplina y el entusiasmo, una organización simplificada de mandos para llevar a feliz término las empresas que el pueblo español creyó fáciles. Hoy ya no es así. Tenemos los trabajadores un Ejército muy superior al que antes pasaba por Ejército español y, al parecer, no lo fué. He sido testigo de la formación de la mayoría del Ejército español en la Academia de Infantería de Toledo, donde pasé varios años. Allí, a raíz del

—El Ejército de Julio fué una improvisación de los Sindicatos—dice el capitán Luis Pérez—
(Fots. Vide)



Las nuevas leyes que tienden a estimular la natalidad en el país de los Soviets

Cómo se quiere restringir el divorcio y el aborto en la U. R. S. S.

DENTRO DE TREINTA AÑOS, RUSIA PODRÁ TENER TRESCIENTOS MILLONES DE HABITANTES

La lección de la realidad

EN la historia moderna del mundo, el fenómeno ruso es el más apasionante, el más rico en hechos y sugerencias. Pasada su hora revolucionaria—«el extremismo es la enfermedad infantil del comunismo», ha dicho una de las grandes figuras de la nueva idea—, Rusia está hoy en la etapa constructiva, fuerte, dinámica, infatigable, llena de porvenir. Durante mucho tiempo, el hecho ruso—su idea, sus fórmulas, sus horizontes—seguirá apasionando al mundo y atrayendo sobre sí las curiosidades más encendidas.

Rusia, además, en esta etapa constructiva de su historia, no es el país que hace de sus fórmulas de un día un dogma cerrado, una línea inalterable ya para siempre. Sobre esas fórmulas, la realidad está operando constantemente, dictando exigencias nuevas y nuevos modos. Así, por ejemplo, en lo relativo a dos aspectos fundamentales de la nueva organización soviética: el aborto y el divorcio. Facilidad para abortar, facilidad para divorciarse. ¿Recordáis? Los partidarios de las fórmulas tradicionales de la vida familiar y social tenían en esas facilidades—para ellos sinónimo de desenfreno e irresponsabilidad—un motivo constante de diatriba. Ante esa facilidad—decían—para divorciarse y para abortar, se disolvería, primero, el sentido familiar, y, finalmente, el social.

Pero he aquí que Rusia, en constante vigilancia tanto de las realidades como de las horas futuras, dicta, ante la lección de los hechos, nuevas normas en torno a aquellos aspectos fundamentales de la organización soviética. Dictado por esa realidad surge un gran plan para el fomento de la población rusa.

Un plan para estimular el crecimiento de la población

Ese plan ha establecido, en primer término, la prohibición o, al menos, la restricción radical del aborto, que venía siendo, como es sabido, legal y gratuito en Rusia. Ha establecido también la creación de un conjunto de clínicas de maternidad, dispensarios infantiles y jardines para niños, como igualmente pensiones para las madres de cierto número de hijos. Todo ello como consecuencia directa del aumento de nacimientos al ser restringido el aborto.

Ya en estos últimos tiempos venía combatiendo el Gobierno soviético los abusos en la práctica de las uniones matrimoniales. Las disposiciones más recientes tenderán a que esas uniones respondan a un vínculo efectivo, no a un mero pasatiempo y a un lazo trivial que se desata con la misma facilidad que se crea.

Hacia la creación de una enorme reserva de energía humana

No es tampoco de ahora el estímulo de la natalidad. Hace dos años se empezó a trabajar ya en este sentido. A pesar de contar ahora con ciento setenta y tres millones de habitantes, el país es tan rico en fuentes aun no explotadas, que podría mantener una población mucho más extensa.

La mayor cantidad de nacimientos que habrá como consecuencia de las nuevas medidas dará a la Unión Soviética una enorme reserva de energía humana para la industria y para el servicio militar. Al finalizar el octavo

plan quinquenal, es decir, en 1968, Rusia alcanzará, aun con el ritmo demográfico actual, la extraordinaria cifra de trescientos millones de habitantes.

Campesinos y obreros discuten las nuevas medidas

Según las nuevas medidas nacidas de ese propósito de estimular la natalidad, se invertirán muchos millones de rublos en la creación de una vasta red de jardines y dispensarios infantiles. Como es sabido, para la mujer trabajadora los hijos no constituyen una carga en la U. R. S. S. Mientras ellas trabajan, es el Estado el que se hace cargo de los niños y los atiende en jardines y guarderías.

Ante todas esas nuevas normas, que tienden a transformar algunos aspectos de la organización rusa, los obreros y los campesinos soviéticos se reunieron para discutir públicamente lo relativo al aborto, al divorcio y a los otros problemas que plantea ese propósito de estimular vigorosamente la natalidad. El Gobierno había garantizado la libertad de palabra para el examen del proyecto oficial.

Propósitos oficiales y objeciones del pueblo

Las medidas gubernamentales proponían, además de la prohibición del aborto:

1. Reducción de los divorcios, haciendo que su tramitación resulte costosa. La primera separación sería gravada con un impuesto de cincuenta rublos; la segunda, con ciento cincuenta, y las restantes, con trescientos. Los padres divorciados deberán pagar del 30 al 60 por ciento de su salario para el mantenimiento de los hijos.

2. Para fomentar las familias numerosas, el Estado subvencionará a los que tengan más de ocho hijos.

¿Cómo ha respondido el proletariado ruso a estos propósitos oficiales? He aquí las objeciones que públicamente se han hecho alrededor de estos problemas:

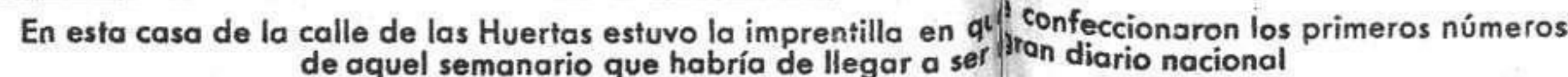
Los abortos sólo debieran ser prohibidos a las mujeres que no tienen hijos. Y deben estar permitidos después del tercer hijo, porque una familia muy numerosa obstaculiza la vida política y social de la mujer. Antes de la creación de familias numerosas, debe ser resuelto el problema de la falta de viviendas. Las mujeres deben compartir con los hombres las responsabilidades por los hijos. Y las mujeres, en el caso de abandonar el hogar, deben pagar la alimentación de los hijos.

FERNANDO OSSORIO

Rusia va a intensificar, como consecuencia de sus propósitos de aumento de la natalidad, la creación de clínicas de maternidad, dispensarios infantiles y jardines para niños. Como es sabido, el país de los Soviets tiene una apasionada preocupación por cuanto con el niño se relaciona. En todas las fábricas existen clubs de obreros, y en la mayor parte de ellas, una sala especialmente dedicada a los chiquillos. He aquí la sala infantil de la fábrica Kaliko, en Moscú



El periódico que fundó
PABLO
IGLESIAS
con novecientas pesetas



Matías Gómez Latorre recuerda con orgullo—con el orgullo de su vida sienten cumplida esforzadamente la tarea del *Socialista*.

El Socialista comenzó a publicarse en Marzo de 1888 apenas si el Partido empezaba a tener vida legal, partidos turnantes en los Consejos de Ministros de todos los partidos legales. Tres años antes se pensó en la necesidad de difundiera entre los obreros españoles las ideas de su libertad económica—una libertad que no cabía en los tiempos—, los llevara a su emancipación. Pero el Partido emitió tres mil acciones de una peseta, que los afiliados. Pero tres años después, cuando apareció el capital que había logrado reunirse lo constituyeron novena mil afiliados al Partido, sólo unos cuantos habían comprado acciones. El medio de educación de las masas y como elemento de ahora—de las doctrinas socialistas, que todavía la mayoría no había conseguido descifrar. Porque, para ellos, el socialismo era un sentimiento de descontento colectivo.

Novecientas pesetas no consentían demasiadas es-
ción que surgía en un ambiente en el que todo había
—El Partido había designado a Pablo Iglesias par-
tición de treinta pesetas. Y el mismo Pablo Iglesias,
go—que, después de trabajar ocho o diez horas en lo
nal, íbamos a sacar adelante nuestro semanario, des-
de que los robábamos al descanso cada noche—, lo com-
llevaba al correo—cuenta Gómez Latorre.

Pero ni aun así podía sostenerse económicamente el capital fundacional se fueron pronto en la adquisición

nario, que ya en el mes de Agosto, a los seis meses de su aparición, se hallaba en descubierto con los almacenes papeleros por una cantidad considerable.

—Entonces estuvo a punto de interrumpirse la publicación, por la imposibilidad de atender a cubrir con sus ingresos incluso aquellos gastos mínimos. A Iglesias, que, como director, cobraba seis duros semanales, a cambio de dedicar toda su actividad al periódico, se le rebajó el sueldo a tres. Y como esta retribución le obligaba a no contraer otras obligaciones profesionales, como le impedía trabajar hasta la publicación de *El Socialista*, a jornal en un taller, entonces comenzó a ser para sus adversarios políticos aquel «típografo honorario», aquel «explotador de trabajadores alucinados» contra el que, ya que no podían atacar al auténtico luchador obrero que era Iglesias, iba a clavar su odio la burguesía en las saetas de su Prensa falaz.

Matías Gómez Latorre va rehaciendo con borrosas imágenes, que a sus palabras recobran el color que el tiempo al pasar las borra, aquellos primeros años de *El Socialista*. «Escribo por obreros, en aquel semanario aprendí a pensar toda la clase obrera española», dice.

Al principio, el periódico se hacía en una imprentilla de la calle de las Huertas, tan escasa de material de trabajo que todos los conocimientos del oficio y todo el entusiasmo de sus confeccionadores apenas si lograban hacer de *El Socialista* dos hojas fácilmente legibles.

Primer lustro del siglo. *El Socialista*, periódico diario. Todavía Pablo Iglesias director. Todavía, hasta que el viejo luchador empezó a sentir

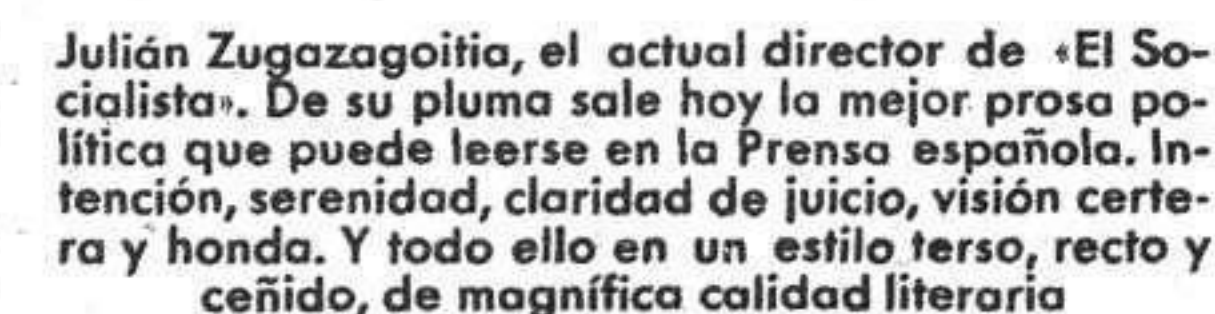


Julián Zugazagoitia, el actual director de *El Socialista*, llevaba al periódico ya hecha su biografía de escritor. Y su historia de combatiente socialista.

—El periódico tiraba entonces treinta mil ejemplares. Cuando yo hablaba de superar esa cifra, se me hacía notar que, por su condición de periódico órgano de un partido, *El Socialista* no podría ser nunca un periódico de gran difusión. Después hemos alcanzado tiradas hasta de ciento veinte mil ejemplares—dice Zugazagotia. Y añade:

—Pero eso no depende únicamente solamente de la labor de un director, sino de la coincidencia del tesón y el es fuerza y la confianza en la obra colectiva de cada uno de sus colaboradores. De cada redactor, de cada empleado de la Administración.

actual director de «El Socialista» hoy la mejor prosa po- en la Prensa española. Ine- dencia de juicio, visión certe- en un estilo terso, recto y rica calidad literaria



Pero en la historia de *El Socialista*—en la historia de *El Socialista* que casi no hemos tenido tiempo de escribir aún, en el período más reciente de esa historia—dos etapas ofrecen el más relevante interés. La de «Octubre de 1934» y la de «Julio de 1935». La del Octubre rojo y la del Julio negro. Cuando *El Socialista* era el grito revolucionario y cuando—por educación revolucionaria—hubo de pronunciar, entre tantas palabras estridentes como la revolución consentía, las que tenían un sonido de más eficaz moderación.

—Y en Octubre, como en Julio, el periódico estaba hecho por las mismas plumas y animado de los mismos ideales y de iguales convicciones socialistas—afirma Julián Zugazagoitia—. Las grandes masas españolas se sintieron interpretadas por el periódico en aquel Octubre, como se han sentido interpretadas en Julio y después.

De esa asistencia popular a *El Socialista* recuerda Zugazagoitia aquel «Servicio de inteligencia», que era la mejor organización informativa del periodismo madrileño en los días venturosos de la Ceda, y que permitió al periódico divulgar episodios de las encrucijadas políticas que si entonces produjeron sensación en los lectores, habían de tener luego, en la vida española, honda y dramática repercusión.

—Aquella información de una visita de Gil Robles a March, en Francia... El periódico supo hasta el número del *taxi* utilizado por los viajeros de Hendaya a Bayona. De este mismo «Servicio de inteligencia» fué la noticia de haber pagado la Telefónica a Royo Villanova, por una conferencia pronunciada ante sus empleados, diez mil pesetas. A nuestra Redacción se nos fué a decir hasta el número del cheque entregado a Royo y el Banco contra el que se extendió. El periódico no hubiera podido costear aquella red de corresponsales, de millares de corresponsales, que le transmitían, por todos los medios y con la mayor rapidez, referencias detalladas de cualquier suceso, cuidadosamente velado a las miradas populares que conviviera ser desvelado. Y es que nuestros corresponsales, espontáneos y desinteresados, lo eran todos y cada uno de los lectores. Y fué también este «Servicio de inteligencia», esta colaboración múltiple, lo que permitió a *El Socialista* denunciar al país, con anticipación suficiente para haberlo desarticulado antes de su primer movimiento, el plan de la sublevación militar contra la República del 16 de Febrero. Cada día, desde los primeros del mes de Julio, *El Socialista* repetía una consigna de vigilancia y dejaba entrever algo de lo que al amparo de los mandos militares traidores estaba urdiéndose en la sombra. Para muchos, *El Socialista* estaba contando a sus lectores «cuentos de miedos». Unos «cuentos de miedos» que no tardaron en hacerse trágica realidad histórica...

Nueve meses de guerra. Nueve meses de revolución. Y *El Socialista*, en todas las manos y ante todas las miradas españolas. El periódico de partido y de clase, convertido en un gran diario nacional. Acaso el diario que tiene hoy más lectores en España. Y entre ellos, los de significación más moderada entre los que, partida en pedruzcos España, han quedado en este pedazo de acantilado. Sin que el periódico haya rectificado ni su concepto ni su entonación.

—Los mismos que escribíamos *El Socialista* en Octubre de 1934 lo escribimos hoy. Lo que pasa es que mientras nosotros no hemos cambiado, ha cambiado España... Y los que no nos leían entonces, nos leen hoy. Para nosotros, eso basta. Pero mejor hubiera sido que los que nos leen hoy nos hubieran leído antes. Quizá hubiera llegado así a comprender. Y se habría evitado una lucha sangünea, en la que, si todos perderemos momentáneamente mucho, no será a nosotros a los que más nos toque perder. Y a largo plazo seremos nosotros los que habremos salido ganando.

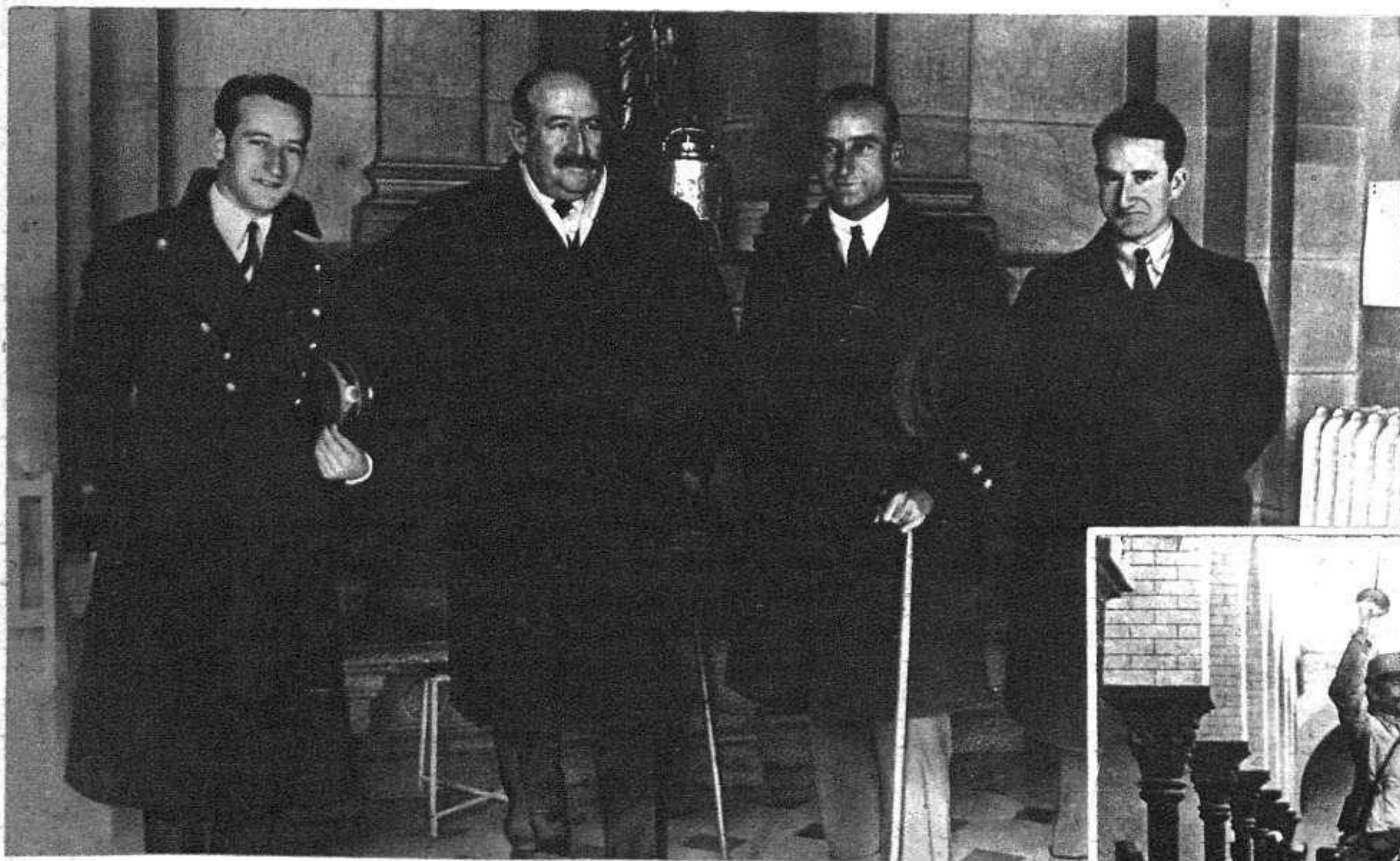
Zugazagoitia no señala a ese plazo un límite. Por la historia de *El Socialista*, cincuenta y un años desde aquel semanario sin lectores, en una imprentilla de calle de las Huertas, a este gran diario nacional de hoy ya sirven para fijar ese plazo, como un alentador ejemplo.

J. R. C.

**Este número ha sido
visado por la censura**

J. R. C.

El general famoso que dejó un alto cargo para batirse con un modesto periodista



EN Valencia, víctima de una rápida enfermedad, ha muerto el general Ricardo Burguete. Tipo de militar al modo clásico del siglo XIX. Bravo, personal y profesionalmente; caballero, liberal, escritor, orador, hombre de gestos y gallardías de raza.

Burguete no hizo su carrera en las camarillas y cuartos de banderas, ni arrastrando el espadón por los salones palatinos. Ganó sus entorchados limpiamente en los campos de batalla. En Melilla, en Cuba, en Filipinas, en todas las más o menos afortunadas empresas bélicas de España, en estos últimos tiempos, estuvo Burguete. En Marruecos, el año 1910, su nombre adquirió aureolas de auténtica popularidad. Derramó su sangre y supo llevar a la victoria a los hombres de su mando.

Tenía Burguete el tipo y la enjundia del militar de raza. Llano en el trato, simpático en la expresión, era propenso a los gestos raciales, de orgullo, de hombría. Sus patillas, sus mostachos le daban el aspecto de un capitán de otros tiempos. Rostros así rememoraban lienzos velazqueños y retratos de nuestros clásicos.

Tenía, como aditamento y gala de su profesión militar, el gusto y la vocación de las letras. Escribía, y escribía bien. No sólo temas técnicos, sino con resabios de literato y lirismos de poeta. Como Garcilaso, manejaba con igual destreza la pluma y la espada. El se creía un novelista, un escritor malogrado por las exigencias, por la disciplina de su carrera militar. A este respecto, él hubiera cambiado sus estrellas por ser un gran periodista. Vivió los últimos tiempos, puerilmente románticos, en que los caudillos, los ministros, los altos personajes no desdénaban acudir a duelos con los hombres modestos que esgrimían la pluma. Creía aún, con un vestigio de otras épocas, en el honor, en la caballería, en el bello gesto personal... Su último escrito lo atestigua. El general Burguete tenía tres hijos: los tres comandantes y los tres muertos, fusilados, por su lealtad a la República. Dos de ellos habían sido fusilados por orden de Queipo de Llano: uno, en Sevilla, y el otro, en Málaga.

El último documento de Burguete era un clásico cartel de desafío a Queipo. Le prometía vengar con sus propias manos, engarfiadas a la garganta del general faccioso, la muerte alevosa de sus hijos.

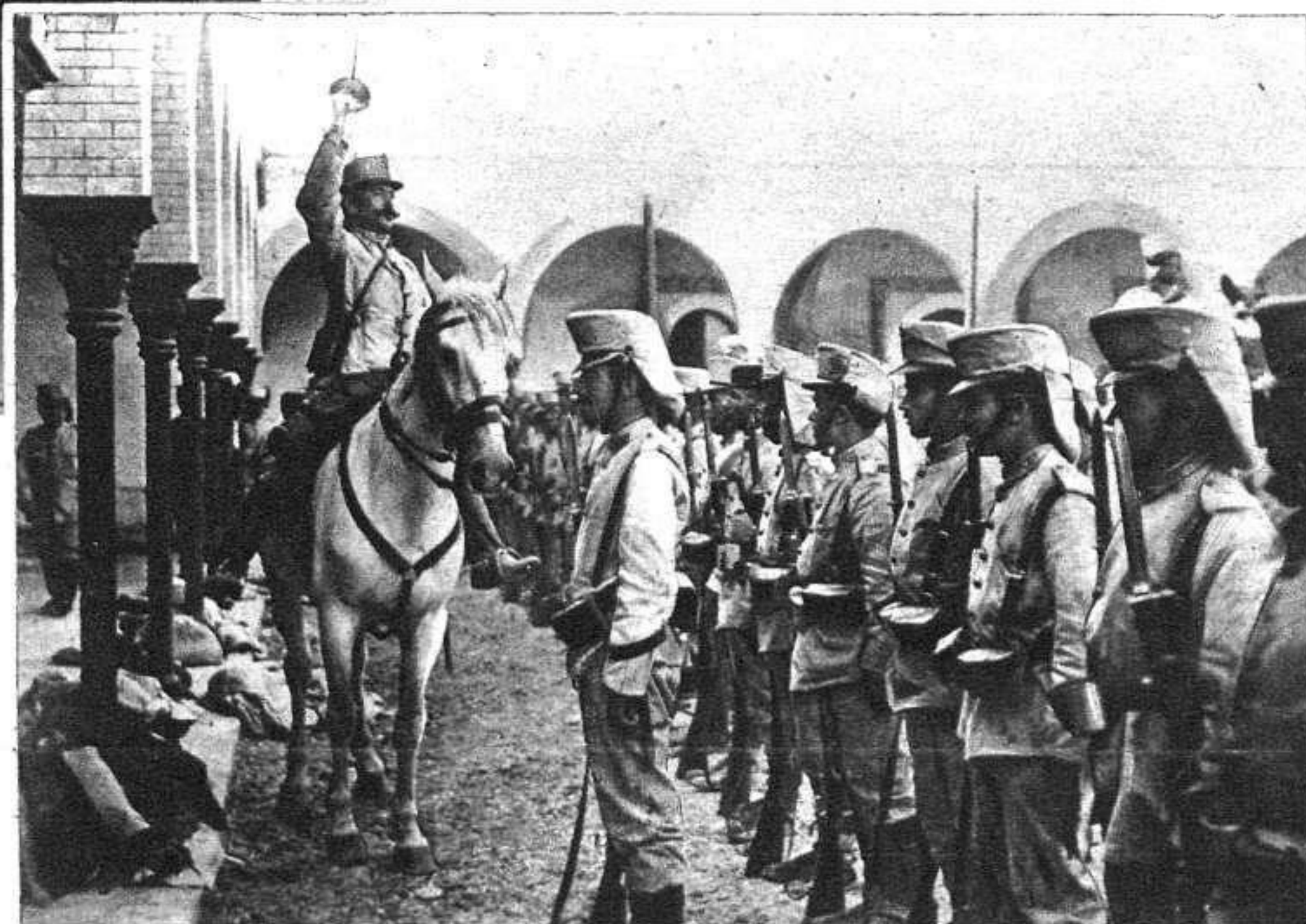
Y la muerte no le ha dado plazo para cumplir su promesa. Ha fallecido Ricardo Burguete, militar y escritor que sabía bien la categoría, la eficacia y el arma que significa la pluma.

A este respecto, y como homenaje a la memoria de Burguete, vamos a recordar una de sus más significativas anécdotas.

Tenía el general un alto cargo en Marruecos: el de más prestigio, el de más autoridad. En *Heraldo de Madrid*, un periodista modesto, Alejandro Ber, desencadenó una campaña contra Burguete. Campaña aguda, casi feroz. Burguete, escudado en su categoría, pudo eludir la campaña. A su gusto, el periodista hubiera sido procesado, encarcelado, reducido al silencio.

↑ Un interesante documento gráfico: El general Burguete, con sus tres hijos, militares como él, y fusilados por su lealtad al Gobierno

En Melilla, el año nueve: El entonces teniente coronel Burguete arengando a los Cazadores de Figueras al hacerse cargo del mando del batallón



Pero no hizo tal. Un día, con superior permiso, en una tregua de las operaciones, Burguete llegó a Madrid, en viaje no oficial, casi ignorado por todo el mundo, y envió sus padrinos al periodista. Este aceptó el reto, y se dispuso un duelo duro, a sable de reglamento, en el mayor silencio. El periodista, ¡claro está!, era pobre. Tanto, que

para batirse con el célebre general, para poder desnudar su busto decorosamente, le hacía falta una camiseta... decorosa. A Alejandro Ber, en aquel trance, le proporcionó una buena camiseta Francisco Gómez Hidalgo, el hoy diputado republicano por Castellón.

Físicamente, había entre los adversarios la misma desproporción que en la indumentaria. Burguete, en plena madurez, curtido por sus campañas, era fuerte, ágil, diestro. Alejandro Ber era enclenque, enfermizo y por primera vez en su vida empuñaba un arma.

En el primer asalto, Burguete, con su potente sable, rajó la cabeza al periodista... Se reconciliaron sobre el terreno los enemigos. Al día siguiente, Burguete hizo una visita de cortesía al adversario vencido, al periodista que le había hecho una campaña feroz. Alejandro Ber vivía en un mechinal, una de aquellas absurdas casas de huéspedes de hace veinticinco años, donde a veces se operaba el milagro de vivir sin pagar.

Estrechó el general la mano del herido, que gemía con la cabeza entrapajada. Se despidió de él cordialmente. Y luego, en la pobre mesilla de noche del periodista pobre, que vivía casi de milagro, se encontró, puestas allí de modo silencioso, dos mil pesetas en billetes.

La angustia económica de la convalecencia en el hogar del escritor pobre estaba vencida.

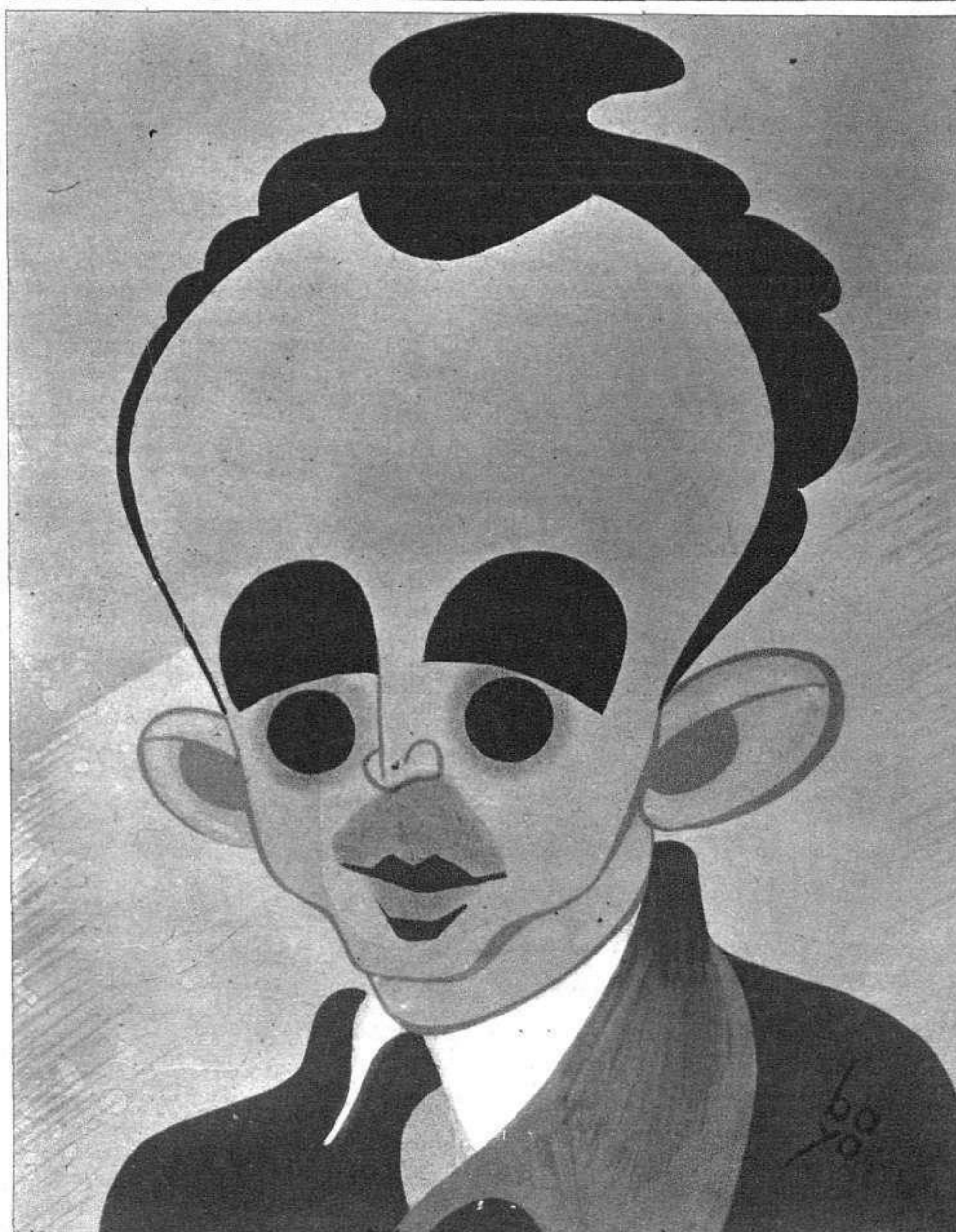
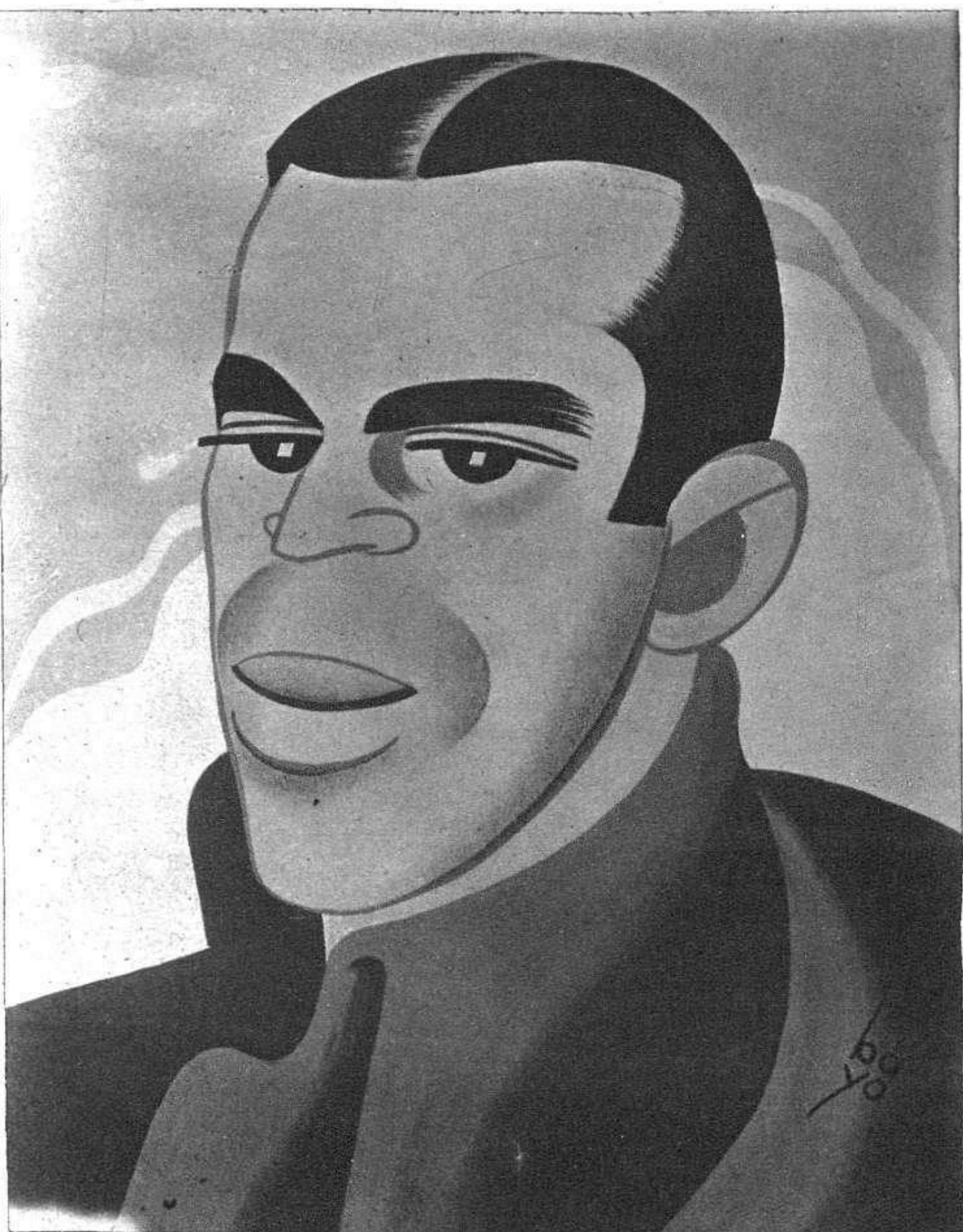
JUAN FERRAGUT

La muerte de un gran amigo de España

Don Manuel S. Pichardo, embajador de Cuba en España

LA muerte se ha llevado a un gran amigo de España: don Manuel S. Pichardo, que desempeñaba ahora la Embajada de Cuba en nuestro país, y que había sabido granjearse entre nosotros simpatías unánimes y fervorosas. El ilustre diplomático tenía, aparte de su destacada personalidad oficial, otra igualmente brillante como poeta, como escritor y como orador. Una ardiente vena liberal inflamó muchas veces sus versos y su prosa, y su palabra cobraba, en la serenidad o en el arrebato de un discurso, calidades magníficas. Y para nosotros tenía, además, el profundo valor sentimental de su amor a España, de su gran conocimiento de todo lo nuestro: nuestra literatura, nuestro arte y nuestras costumbres. Los medios sociales, intelectuales y artísticos de España tenían como cosa propia y familiar esta figura de don Manuel S. Pichardo, cuya pérdida tiene para nosotros una emoción honda y cierta. Su recuerdo deja en los medios españoles un surco de duelo auténtico. No está aún lejano en el tiempo aquel banquete con que lo más destacado de la vida española testimonió al ilustre diplomático su adhesión por la obra de españolismo que venía realizando desde que llegó a nuestro país. Vaya hoy, en la triste ocasión de su muerte, el pésame de nuestra revista a los familiares de don Manuel S. Pichardo y a los que con él, compartiendo su gran amor a España, trabajaban en la Embajada de Cuba en Madrid.





HOMBRES DE LA LUCHA

Arriba, a la izquierda, García Oliver, ministro de la C. N. T. en el Gobierno; a la derecha, Francisco Antón, secretario general del Comité Regional del Centro del Partido Comunista. Abajo, a la izquierda, José Cazorla, consejero de Orden Público de la Junta de Defensa; a la derecha, Juan José Manso, diputado comunista por Asturias y comisario de guerra en esta región (Caricaturas de Bayo)

Páginas del dolor proletario en España



El hundimiento del tercer depósito

Los que teníamos cinco años no sabíamos aún qué era el dolor desesperado de las gentes humildes del pueblo. No podíamos comprender lo que querían aquellas turbas que, como embravecida corriente, cruzaban las calles madrileñas amedrentando a los comerciantes con gritos rabiosos y violentos ademanes de cólera. Eran mujeres, en su mayoría, vestidas de negro y agitando en mástiles de escobas, a modo de banderas de muerte, trapos negros también. Poco a poco, los que teníamos cinco años fuimos conociendo la causa del tumulto que nos inquietó. En el «tercer depósito», un hundimiento había sepultado a un centenar de obreros. Y aquellas mujeres que gritaban eran viudas a consecuencia del siniestro terrible, eran madres que habían perdido sus hijos. Eran hermanas o novias de las víctimas del accidente. ¡Dolorosas de aquel drama conmovedor!... Luego, siempre que ante nosotros—los que teníamos cinco años—alguien habló del hundimiento, las palabras «tercer depósito» nos produjeron un malestar irreprimible. En la imaginación de un niño nada hay que borre una impresión pavorosa. Y muchachos ya, y hombres después, seguíamos viendo en aquellas palabras «tercer depósito» la turba terrible, el tropel agresivo y patético de aquellas mujeres enlutadas y amenazadoras.

«¡Ay, aquella mañana!»...

—Parece que la bóveda no ofrece la suficiente seguridad—habían dicho repetidas veces los obreros.

Pero los capataces se encogían desdeñosamente de hombros.

—¡No tenéis vosotros poco miedo a morir vestidos!—exclamaban.

Y como los trabajadores insistían, cambiaban el tono zumbón por el de la amenaza:

—Aquí no hacen falta «gallinas». El que no se encuentre con valor para llevar la obra adelante, se larga, y en paz...

Y los obreros bajaban la cabeza, tomaban la herramienta, y otra vez a la obra, a la tarea dura, al peligro que todos ellos veían llegar y no podían eludir si no querían perder el trabajo.

Y fué aquella mañana, la del 8 de Abril de 1905, cuando, apenas comenzada la faena, la bóveda vaciló unos instantes sobre dos centenares de cabezas de trabajadores, y un estruendo terrible ahogó los gritos des-

perados de aquellos hombres, que quedaron sepultados allí, bajo toneladas de cascote y de tierra.

Todo Madrid pareció sentir estremecidos sus cimientos por el derrumbamiento brutal. Las mujeres, escaldadas de lágrimas los ojos, corrían enloquecidas y aullaban roncamente:

—¡Mueran los asesinos! ¡Mueran los explotadores! ¡Justicia! ¡Justicia!

Luego, nada. Cerca de cien hogares deshechos. Cien familias aniquiladas por el hambre y por el dolor. Pero ¡nada más!

La acusación de los obreros

Los obreros denunciaron concretamente las causas de aquella catástrofe. «La misma Prensa burguesa—decían—declara, sin excepción, que el terreno donde se construye el tercer depósito de las aguas no es adecuado para obra de tal magnitud; que la adquisición de ese terreno representó un escandaloso negocio; que el material empleado no corresponde a una obra que exige solidez a toda prueba, y que la inspección de los trabajos realizados no se ha efectuado, o si se ha hecho, ha sido una farsa.»

Y añadían:

«Entre incapacitados para el trabajo y muertos, las víctimas pasarán de ciento cincuenta. El terreno en que el tercer depósito se construía es hoy una inmensa fosa. Lo sucedido merece un escarmiento ejemplar. Pero la clase obrera no tiene aún conciencia ni fuerzas bastantes para imponerlo.»

El mitin de protesta

Todas las violencias hubieran tenido justificación. Y, sin embargo, la clase obrera abrió cauce apacible al dolor y la desesperación, organizando serenamente actos de protesta que desviaban la cólera popular, llevándola a una acusación razonada y ecuánime, lejos de cualquier movimiento vengativo irreprimible. No se agradeció aquello a los organizadores del proletariado.

Se había pedido permiso al gobernador, conde de San Luis, para celebrar una manifestación pacífica, y la autoridad lo negó.

—Estoy dispuesto, para impedir esa manifestación, no sólo a emplear la fuerza de Orden público y la Guardia civil, sino el Ejército—respondió el conde de San Luis a los representantes obreros que lo visitaron.

Y así fué. Un intento de manifestación fué disuelto a tiros en los Cuatro Caminos. Hubo un muerto y veinte heridos.

Al mitin asistió el pueblo madrileño en proporción que llenaba el local totalmente.

Hablaron varios oradores. Entre ellos, Pablo Iglesias, que dijo:

«Lo ocurrido ayer fué un crimen. Algunos sabían que aquello estaba mal; pero al que no le dominó el temor a ser despedido, le dominó el de que le creyeran miedoso. ¿Por qué, albañiles, cuando se os da un mal andamio, no os negáis a subir? Los capataces amenazaron con despedir al que allí hablara de que había peligro. No quiero creer que los ricos, los que explotan a la clase trabajadora, se alegren del mal; pero su sentimiento ante la catástrofe apenas durará ocho días, y el sistema que la produjo seguirá. Yo os pido que la ira que sentís, que el dolor que os embarga y que el sentimiento de venganza que os domina lo convirtáis en voluntad para trabajar infatigablemente por vuestra organización, hasta que llegue el día en que se arranque de cuajo la causa de tantos males y dolores.»

Pablo Iglesias era el sembrador. Y como sembrador, aprovechaba el surco que abrió la crueldad del arado para depositar en él la simiente. Ahora, treinta y dos años después, ha llegado el día de la cosecha.

La responsabilidad de la obra

El autor del proyecto de las obras del tercer depósito decía en la Memoria por la que la construcción le fué adjudicada: «Yo asumo todas las responsabilidades, como autor del sistema, como autor del proyecto y como constructor de la obra, lo que no suele ocurrir con otros sistemas, que han determinado muchos accidentes y varias catástrofes, en las que no ha sido posible depurar responsabilidades de tal naturaleza subdivididas...»

La vista de la causa

Tres responsables señalaba el fiscal en la vista de la causa promovida por la catástrofe del tercer depósito: el autor del proyecto y los dos inspectores de las obras. De los tres negó el Jurado la culpabilidad.

José DE LA RIVA



Como un ladrón es la
anemia
 que se lleva la salud
 de las adolescentes.

La falta de glóbulos rojos en la sangre precisa una
 reconstitución rápida, fácil de obtener con el Jarabe
Hipofosfitos Salud.

El apetito se estimula de día en día; los desarreglos
 femeninos —si los hay— desaparecen; la sangre se
 vitaliza y a su influjo recobran los músculos su vigor,
 el rostro su color rosado y aquella alegría reveladora
 de una salud completa.

En mi larga práctica de treinta
 años, siempre he observado los
 excelentes resultados del **Jarabe**
Salud en los estados anémicos,
 escrofulosos, raquíticos, conva-
 lecientes, etc., siendo, por consi-
 guiente, un producto incompara-
 ble. — **R. Nevado Requena,**
Subdelegado de Medicina,
Macaol (Almería).

Está aprobado por la Academia de Medicina el Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Puede tomarse en cualquier época del año • Frasco grande: Ptas. 5,05 (timbre incluido)

LAXANTE SALUD

Cura el estreñimiento sin causar
 irritaciones ni molestias.

En cajitas de 28 - 30 grageas: Ptas. 1,90 (timbre incluido), en farmacias.

Si desea muestra gratuita del **Laxante**, llene este Bo-
 letín y remítalo en sobre abierto, franqueado con 2
 céntimos, al **Laboratorio SALUD**, Apart. 17-Tortosa.

Nombre
 Domicilio
 Población

Aquel hombre a quien Inglaterra ordenó aprender el idioma turco

Cuando los buques aliados bloqueaban los Dardanelos.

El descubrimiento de Lawrence, el mendigo y la artillería pesada

Un hombre lamentable

Fue antes de la Gran Guerra. En el despacho de uno de los jefes del Intelligence Service, en Londres, entró un día un hombre miserablemente vestido, con una expresión extraña y en todo él un aire de derrota. Alguno de los empleados del despacho iba ya a echarlo; pero el entonces capitán Lawrence tuvo la momentánea inspiración de interrogar a aquel hombre que bajo un aspecto tan lamentable se había atrevido a llegar hasta allí.

—Es una temeridad llegar hasta aquí. Este no es un sitio público que se abra al primero que venga.

El recién llegado adoptó un aire convencido y orgulloso, y respondió al capitán:

—Para John Edwards nada hay imposible.

La vanidosa afirmación puso de buen humor al capitán Lawrence, que preguntó al hombre detalles de su vida y los motivos que le habían llevado hasta allí.

Edwards contó su historia. Había nacido en el barrio más ínfimo de Londres. Suya era una casucha miserable, en la que se albergaban chinos y negros. Venía huyendo de la persecución de la Policía, que le acusaba de organizar partidos de boxeo entre mujeres para alimentar la depravada moral de algunos ingleses degenerados.

El, sin embargo, a pesar de esta «ficha» lamentable, quería huir de Londres, cambiar su estado civil, abandonar a su esposa, que le daba una vida de infierno. Quería ser útil. Poder transformarse, en fin, en un hombre nuevo.

A Lawrence seguía interesándole el tipo.

—Jure usted que hará cuanto se le ordene.

—Lo juro, señor.

—¡Bravo, viejo muchacho! E entonces empezará a aprender usted inmediatamente la lengua turca.

El agente A. T. 80

Desde el día siguiente, John Edwards quedó incorporado al Intelligence Service. Era el agente A. T. 80. Ingresó en la Escuela de espionaje de aquella gran organización inglesa.

Pocos días después, la Policía comunicaba a la esposa de Edwards que su marido había sido muerto en una riña y que había sido enterrado ya.

El nuevo agente A. T. 80 empezó, en efecto, a aprender el idioma turco. Cada día daba seis lecciones de una hora de duración. A los dos años hablaba el turco. Sólo le faltaba practicarlo, perfeccionarlo entre los propios habitantes del país. Inglaterra le dio para ello un destino en Constantinopla. Edwards pasaba casi por un perfecto turco. Un día estalló la Gran Guerra. Turquía se unió en ella a los Imperios centrales.

Una misión peligrosa

Edwards fue agregado al Cuerpo expedicionario de Oriente. Su inteligencia, su sagacidad y su audacia le destacaron en seguida. Durante el bloqueo del estrecho de los Dardanelos, el almirante inglés quiso enviar un agente a las líneas enemigas para conocer su organización y determinar, en lo que fuera posible, la situación de la artillería pesada. Estas piezas habían castigado duramente a los barcos aliados: en pocas horas consiguieron echar a pique un acorazado y dos cruceros.

La misión era de un gran peligro. Pero Edwards no se arredraba, y se dispuso a cumplirla con su decisión de siempre. Desembarcó una noche frente a Gallípoli, disfrazado de mendigo. Arrastrándose, trepando, pudo llegar hasta las primeras líneas turcas. Una patrulla le dio el alto. Se le detuvo y estuvo a punto de ser fusilado.

—¡No me hagan daño! Soy un pobre mendigo que sólo quiere que le socorran...

Su acento era perfecto. Inspiró compasión a los soldados, y le dejaron marchar sin el menor recelo.

Durante un mes, el mendigo pudo recorrer con toda libertad la zona en que los turcos tenían emplazados sus fuertes y acantonadas sus tropas. Comía de las sobras del rancho de los soldados, dormía al aire libre, donde podía, donde le cogía la noche. Observó y anotó cuidadosamente la situación de las piezas de artillería, que tan duramente habían castigado a los barcos aliados.

El peligro, la oreja perdida y el ascenso

Terminada su difícil y peligrosa misión, el mendigo llegó al sitio convenido de la costa donde había de recogerle un cañonero inglés, determinado día y a determinada hora. Allí estaba el buque esperándole ya. Un bote se acercaba para recoger a Edwards.

Pero la maniobra fue advertida por los centinelas de las más próximas líneas turcas. Se dio la voz de alarma, y los cañones de las baterías de la costa empezaron a disparar sobre el buque inglés. Milagrosamente pudo Edwards alcanzar el cañonero. Una verdadera lluvia de metralla caía sobre el barco.

Un casco de obús hirió en una oreja a Edwards. Mientras el barco se alejaba presurosamente del lugar, se atendió a Edwards, y hubo que amputarle la oreja. Aun ensangrentado, el agente dio cuenta de la información que había obtenido y que era de un valor excepcional. Al día siguiente, merced a esos informes por él conseguidos, tres fuertes turcos pudieron ser reducidos a silencio. Y muy poco tiempo después, el agente A. T. 80 era ascendido. Ahora, honrado por el Almirantazgo inglés, era ya un hombre nuevo, distinto de aquel pobre hombre derrotado y lamentable, que se había atrevido a entrar un día en un despacho del Intelligence Service.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PREVÉNGASE: Evitará caspa, canas, calvicie, por 1,50 sellos. Diríjase: Cervantes, 61, Pedreguer.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LO QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203

BARCELONA

APOPLEJIA PARALISIS

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Sugatá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas

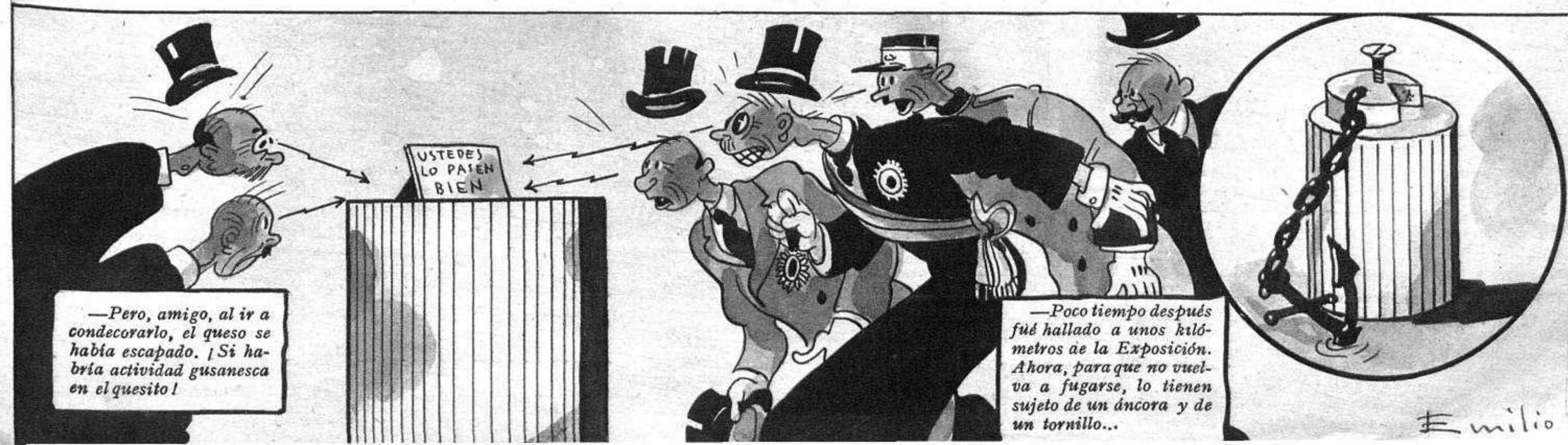
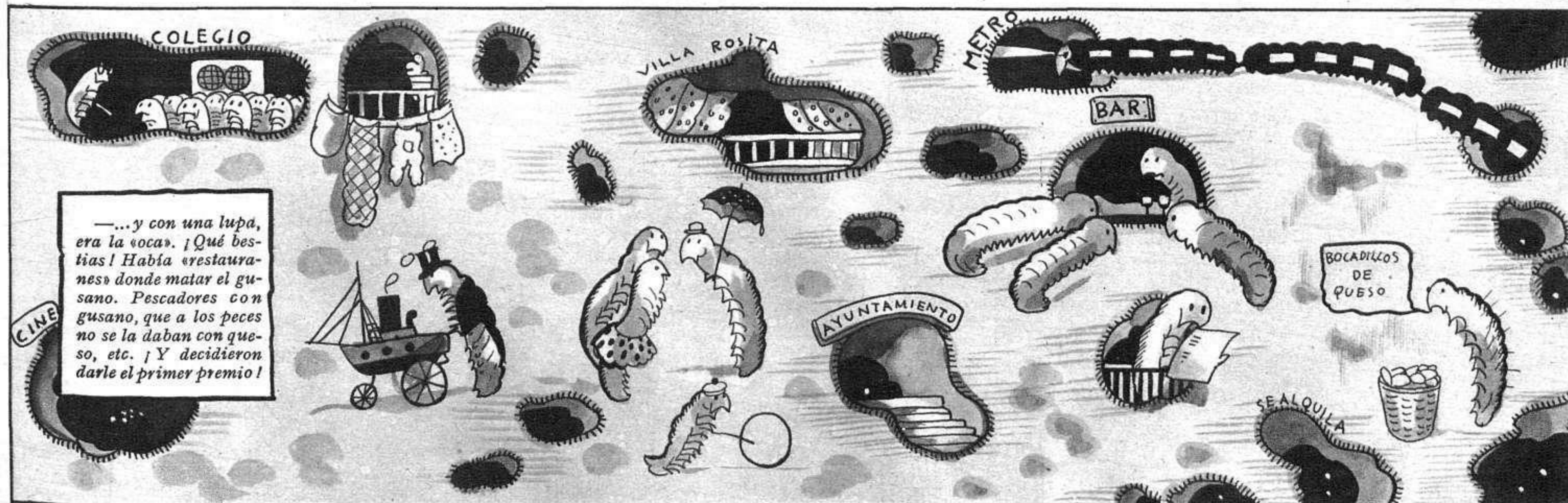
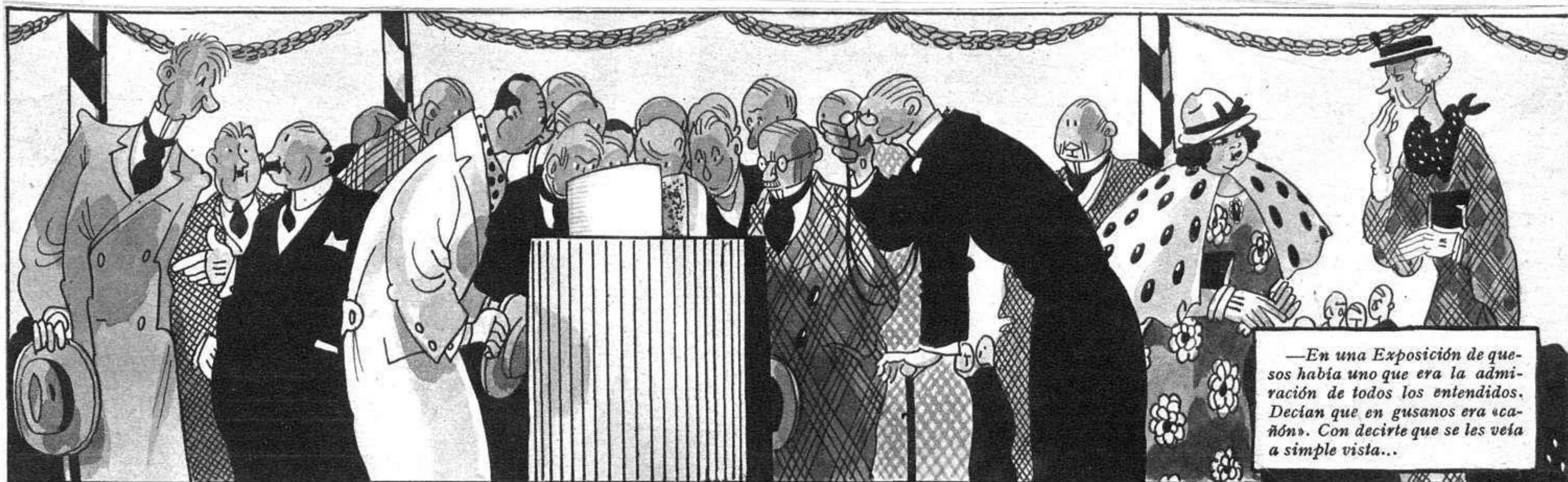
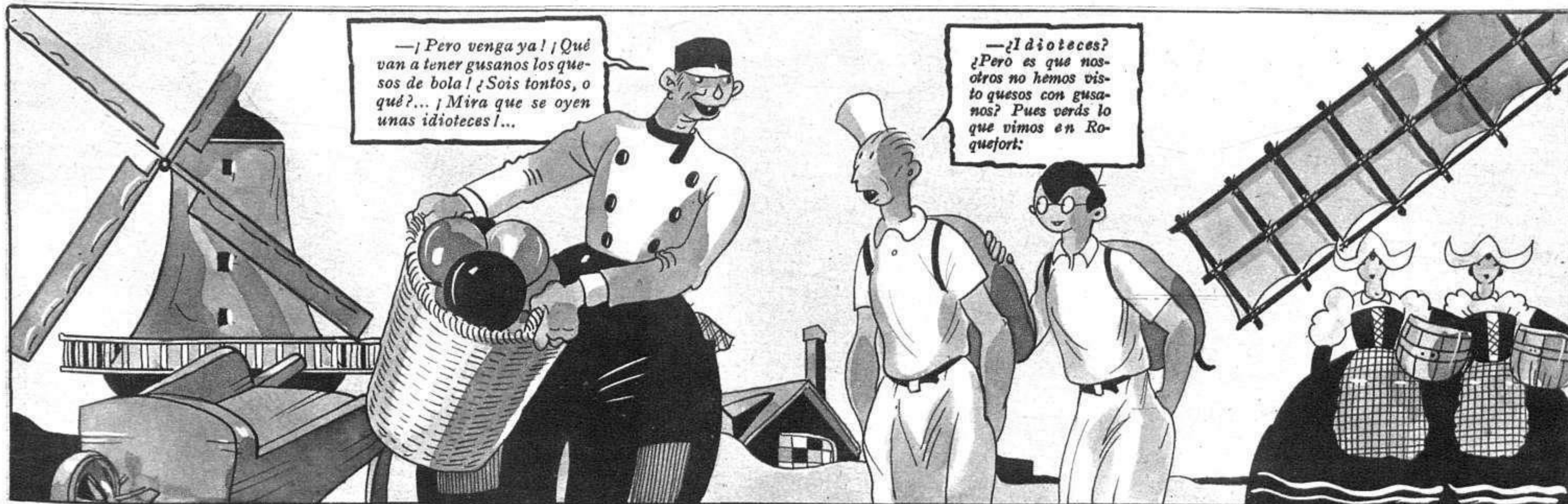
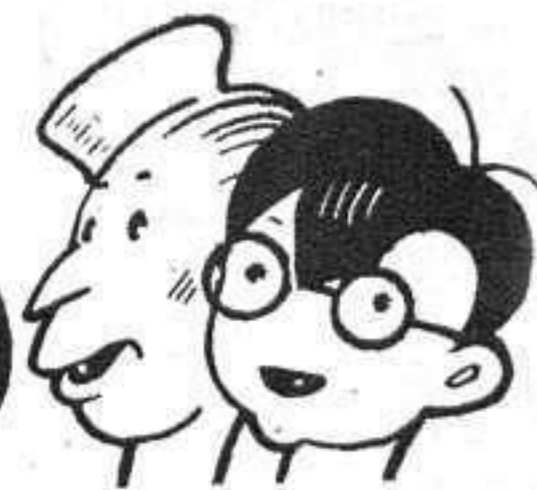
TREVIJANO

▽ ▽ ▽ ▽



A la escuadra inglesa que operaba en los Dardanelos le interesaba conocer la situación exacta de estas fortalezas turcas, desde las que la artillería pesada hostilizaba a los barcos británicos. Y para ello destacó al agente del Intelligence Service John Edwards, que supo realizar perfectamente la peligrosa misión.

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO





Las nuevas leyes que estimu- lan la nata- lidad en el país de los Soviets

Rusia restringe el aborto y el divorcio para aumentar su población, que dentro de treinta años podrá alcanzar la cifra de trescientos millones de habitantes

(Véase en el interior una información sobre esto)